Literatura hispanoamericana: problemas planteados por críticos e historiadores

Carlos Foresti S.

Aunque la historia de la literatura hispanoamericana se inicia prácticamente con la llegada de los españoles a América y la independencia de España ya es un pretérito muy lejano, no se ha logrado ni una línea histórica que convenza a los historiadores actuales, ni un aparato crítico que resuelva la metodología de la investigación de este universo literario dentro de su propia identidad.

En esta ocasión no pretendemos resolver esos problemas, ni proponer nuevos caminos. Nuestra intención es sólo presentar lo que el equipo de investigación, formado en el Instituto Iberoamericano de Gotemburgo y que está abocado al estudio del romanticismo y liberalismo en Argentina, Chile y Uruguay, ha encontrado en el recorrido de sus primeros pasos por la lectura de un grupo de teóricos, críticos e historiadores iberoamericanos.

Las reflexiones sobre la literatura hispanoamericana y la literatura latinoamericana en general, tanto sobre su historia como sobre el aparato crítico con que se debe abordar, abundan y se discute con calor estos últimos (por poner una medida cronológica) quince a veinte años.

Si recorremos las páginas de libros como, entre otros, *América Latina en su literatura,* publicado en «Siglo XXI», en 1972, en su primera edición, y *Hacia una crítica literaria latinoamericana,* aparecido en Buenos Aires, en 1976, y hacemos lo mismo con revistas como «Texto Crítico», de México, «Cuadernos Iberoamericanos», editada en EE. UU., «Casa de las Américas» de Cuba, «Latino América, Anuario de Estudios Latinoamericanos», de la Universidad Autónoma de México, «Revista de crítica literaria latinoamericana», de Perú, etc., veremos que esa preocupación ha tomado un volumen inusitado.

Aunque corremos riesgos, nos atrevemos a afirmar que, hasta donde llega nuestra limitada información, Iberoamérica es una de las partes del mundo donde se plantea el problema de la propia historia literaria y de su aparato crítico con más concentrada preocupación. No nos referimos, como muy bien puede entenderse, a trabajos monográficos, ni a teoría literaria general; nos referimos concretamente a la discusión sobre historia literaria y a los supuestos básicos con que se debe enfrentar esa historia en un estudio parcial o total.

Dos hechos, entre muchos otros, nos parecen que no pueden dejarse fuera cuando se entra a considerar el aumento significativo de la discusión teórica sobre los dos aspectos que venimos considerando. Uno es el auge de la novela hispanoamericana y su aceptación universal y, el otro, el triunfo de la Revolución Cubana. La novela hispanoamericana del llamado boom ha exigido, y sigue exigiendo lo mismo la novela posterior, un afinamiento crítico que no había planteado la novelística anterior. Y, por su parte, la revolución cubana significó la apertura de esperanza de liberación y de cambios profundos en las estructuras político-económicas del continente y ayudó a acrecentar la conciencia del iberoamericano. No pretendemos ingenuamente plantear los

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

dos hechos como nacidos sin un largo proceso anterior, pero su eclosión es un buen punto de partida para tener en cuenta al momento de sacar conclusiones.

Quiero citar a dos estudiosos de los problemas iberoamericanos. Uno, economista, y otro, teórico de la literatura. El economista es Celso Furtado y el teórico de la literatura es Alejandro Losada.

Celso Furtado, en su libro *La economía latinoamericana, formación histórica y problemas contemporáneos,* cuando recuerda en sus primeras líneas la historia de la expresión América Latina, dice:

> La expresión América Latina, popularizada en Estados Unidos, fue utilizada durante mucho tiempo sólo con un sentido geográfico para designar a los países del sur de Río Grande. Lejos de interesarse por lo que existía de común entre ellas, las naciones surgidas en las tierras americanas de colonización ibérica intentaban dar énfasis a lo que era peculiar de cada una, en un esfuerzo de definición de las personalidades nacionales respectivas. [...] el hecho de que la herencia cultural precolombina haya contribuido de manera tan desigual a la formación de los perfiles nacionales actuales, determina que las desemejanzas entre países como Argentina y México sean, posiblemente, tan grandes como las semejanzas. [...] Aun así el énfasis que se daba a las diferencias reflejaba menos la extensión real de éstas, que la conciencia del origen común. Como si las nuevas nacionalidades se sintiesen amenazadas en su proceso formativo por fuerzas superiores que las llevarían, tarde o temprano, a reintegrarse en el seno de una historia común, interrumpida por las circunstancias en que se efectuó la ruptura del imperio colonial español.
>
> La formación de una conciencia latinoamericana es un fenómeno reciente, consecuencia de los nuevos problemas planteados por el desarrollo económico y social de la región a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Para Celso Furtado, desde la independencia hay una conciencia del origen común que se diluye en el esfuerzo de cada nación por acentuar lo peculiar, pero después de la Segunda Guerra Mundial los problemas que se le plantean a este trozo del mundo acentúa una «conciencia latinoamericana».

Y ahora Alejandro Losada en su artículo *Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina,* aparecido en «Revista de crítica literaria latinoamericana», núm. 17, dice:

> Los movimientos artísticos y literarios *ilustrados* latinoamericanos deben ser observados en el contexto global de la difusión, recepción y transformación de los procesos ideológicos-culturales internacionales producidos en Europa. [...] Esto significa que no es posible estudiar los procesos latinoamericanos como si fueran autónomos de este movimiento general del mundo occidental. Desde la Conquista, sin embargo, los productores de cultura ilustrada de esta región se han identificado con este horizonte internacionalizado a partir de su posición periférica y dependiente dentro del proceso general de expansión y consolidación del modo de producción capitalista. La observación de los desarrollos literarios y culturales latinoamericanos se debe realizar, por tanto, a partir de esta posición receptora con respecto a centros productores dominantes del capitalismo hegemónico.

América Latina recibe las corrientes culturales de Europa por estar inscrita en el mundo occidental, pero la observación de los desarrollos literarios debe realizarse a partir de su *posición receptora de centros productores dominantes del capitalismo hegemónico.* Y Losada agrega:

> Este modo de apropiarse y transformar lo que se difunde desde otras situaciones sociales depende de las condiciones concretas en que se encuentra cada formación social latinoamericana en cada etapa de su evolución histórica.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

Si aceptamos, y nosotros lo hacemos, los conceptos del historiador de la economía latinoamericana y del teórico de la historia de la literatura latinoamericana, podemos ver una América Latina perteneciente a un «mundo internacional», pero como parte periférica y dependiente que acentúa luego de la Segunda Guerra Mundial su «conciencia latinoamericana».

Las consecuencias de lo dicho se reflejan en la historia de la crítica y el modo que se exige de historiar la literatura latinoamericana. La crítica e historia tradicionales ven la literatura del continente como simple reflejo de la literatura europea (española, francesa, inglesa, etc.), sin considerar los distintos caminos de cada sector del continente.

Una visión eurocentrista de la literatura, como dicen Fernández Retamar y Desiderio Navarro, consideró siempre la historia de la literatura y su teoría a partir del modelo europeo, lo que significó entrar al objeto literatura latinoamericana con un aparato crítico eurohegemónico.

La Revolución Cubana con lo que significó como replanteo liberador en lo político-económico y, como consecuencia, el impulso que recibió la preocupación por los fenómenos pertenecientes a las disciplinas científicas sociológicas que llevan a la adquisición de conciencia, desarrolló la voluntad de replantearse América Latina, su historia, su literatura y el aparato crítico con que se abordaba tradicionalmente. La lectura de las publicaciones cubanas y sobre todo de la revista «Casa de las Américas», es una muestra del fenómeno a que aludimos. Pero, a su vez, en el plano de la creación literaria, sin perder vigor el mundo de la lírica, se desarrolla el género narrativo, novela y cuento, más allá de las fronteras particulares de cada país latinoamericano, y alcanza, en el mundo del cual es periferia económica, un lugar hegemónico. Esta literatura sigue inscrita en la tradición occidental, puesto que recoge y usa su historia literaria, pero la utiliza para reflejar el mundo latinoamericano en su dramática existencia más allá del folklore regional y la descripción costumbrista. Los escritores de esta época se mueven con facilidad en la tradición literaria occidental y algunos, por no decir muchos, viven un exilio, voluntario o impuesto, pero desde fuera o desde dentro crean un mundo que es el propio, pero que todo latinoamericano reconoce como visión universalizada de su espacio cotidiano. Así se ve reflejado en *Cien años de soledad,* en *Rayuela,* etc. No necesita ni explicaciones ni glosarios. Ni Macondo, ni París vivido por Oliveira y Maga, ni Buenos Aires, le son extraños.

Pero, a su vez, esa nueva narrativa exigía no sólo erudición, sino también un aparato crítico más penetrante.

Nuestras propias experiencias académicas desde los tiempos de estudiante de los años cercanos a la década del sesenta, nos traen a la memoria nuestro esfuerzo por penetrar el objeto literario más allá de la crítica, en ese tiempo periodística e impresionista y muchas veces hecha con parcialidad de amigo o enemigo. A su vez, no nos satisfacía una enseñanza retórica de la literatura y una historia de ella que nos dejaba en un asombro de desconcierto por su apariencia de asepsia ideológica y su carencia de un aparato crítico que penetrara el objeto literario con más eficacia.

Así nos llegó, a través de la editorial Gredos principalmente, el conjunto de trabajos estilísticos de Dámaso Alonso y los libros de Kayser y de Wellek y Warren; y luego se fue incorporando el aparato crítico alemán y el estructuralismo que se colaba a través de la lingüística. Recordamos que desde la lingüística aparecieron trabajos de aplicación de la *Teoría del Lenguaje,* de Bühler, e intentos de aplicación de *Sistema, norma y habla,* de Coseriu. Y los que viajaron a Europa, especialmente a Alemania, llevaron el método fenomenológico aplicado a la literatura, y otros intentos que trasladaban los adelantos de la ciencia lingüística y de la formación, ciencia de la literatura a nuestro

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

mundo académico. Paralelamente, el mundo agitado de Iberoamérica y, para nosotros, de Chile, nos obligaba a intentar la incorporación sociológica al estudio de la literatura. Así llegaron los conceptos de «realismo socialista» soviético. Sus primeras aplicaciones fueron demasiado simplistas y no nos terminaban de convencer, pero tampoco nos podíamos desprender de nuestra preocupación por la lucha social cotidiana que nos rodeaba.

No hay duda entonces que se encontraban en pugna las corrientes del estructuralismo y la sociología e historia. El primero entregaba paso a paso herramientas de análisis eficaces, pero que sin duda apuntaban a lo que los formalistas llamaban la literaridad, la pura literaridad de la obra de arte, dejando de lado, hasta donde era posible, la historia y la sociología. Por otra parte, la sociología convertía la obra de arte en puro objeto sociológico y a veces la teoría idealista de las generaciones de Ortega y Gasset jalonaba, un poco arbitrariamente, la historia de la literatura latinoamericana, pero entregaba nuevas posibilidades de estudio. Para recordar algunas aplicaciones prácticas del método generacional citamos la *Historia de la literatura hispanoamericana,* de Anderson Imbert; la *Novela chilena* y el trabajo «Brevísima relación de la historia de la novela hispanoamericana», aparecido en *La novela hispanoamericana, descubrimiento e invención de América,* de Cedomil Goic.

Después los trabajos de Lucien Goldman, especialmente *Para una sociología de la novela,* empiezan a mostrar nuevos caminos y los críticos más maduros de la literatura latinoamericana, sin haber creado el aparato crítico específico necesario, tienen, en líneas muy generales, las mismas preocupaciones.

Para que no se piense que el fenómeno era sólo chileno, podemos recordar las palabras del director de la «Revista de crítica literaria latinoamericana» y profesor de la Universidad de San Marcos, de Lima. Nos dice en su artículo «Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar», aparecido en «Casa de las Américas» núm. 126:

> Al promediar la década de los sesenta se hizo evidente la hondura de la crisis que agobiaba a la crítica literaria [...] aquí, a la par que se debatía la validez o invalidez científica del saber alcanzado por esta disciplina, y la adecuación e impertinencia de la metodología empleada a tal efecto, se ponía asimismo en discusión la funcionalidad social de la operación crítica.
>
> Entre nosotros, entonces, hacer crítica implicaba responder a dos solicitaciones y obtener una doble legitimidad: la de la ciencia y la de la ideología. Para muchos, este diseño aconsejaba una disyuntiva sin apelación posible: o crítica «ideológica», militante y comprometida, firmemente ligada a las alternativas de la lucha social, con frecuencia recortada dentro de los límites de lo que podría llamarse «impresionismo social»; o crítica «científica», aparentemente autónoma, neutra y objetiva, casi siempre preocupada sólo por algo tecnológico de las categorías formales de la literatura, y habitualmente fundado en un agresivo inmanentismo teórico.

En cambio ahora, con diversas aproximaciones ideológicas y también con distintos matices ideológicos, la historia, el análisis económico-sociológico, los adelantos de la lingüística y especialmente de la semiótica y la teoría de la comunicación ya no parecen estar en conflicto violento.

Nuestra intención ahora no es hacer análisis crítico de lo que se discute, sino presentar sólo algunos elementos que vemos incorporados al estudio de la literatura latinoamericana para conformar paso a paso el aparato crítico necesario. La problemática es amplia, pero nos parece posible aproximarnos a ella y a sus puntos de discusión actual, empezando por observaciones que cuestionan el punto de partida tradicional para estudiar el objeto «literatura latinoamericana».

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

Si se leen las observaciones, explícitas e implícitas, a las teorías literarias escritas en Latinoamérica bajo una línea tradicional como *El deslinde,* de Alfonso Reyes; *La estructura de la obra literaria,* de Martínez Bonatti y otros, se puede ver que la crítica más generalizada entre un grupo importante de estudiosos es el hecho de que estas teorías literarias se hacen sobre la base de generalizaciones que trascienden con mucho los límites del mundo latinoamericano y que inscriben la literatura del continente dentro de los cánones y características de la literatura europea y desconocen, por no conferirle importancia, ciertos hechos de desarrollo histórico que conlleva cada obra literaria de Hispanoamérica o Latinoamérica en general.

Como no podemos hacer un estudio minucioso tomaremos algunos puntos y empezaremos por algunas observaciones que Fernández Retamar hace a Alfonso Reyes cuando en su libro *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* establece su concepto de «ancilaridad». Reyes dice:

> *Literatura en pureza y literatura ancilar.* Todos admiten que la literatura es un ejercicio mental que se reduce a: a) una manera de expresar; b) asuntos de cierta índole. Sin cierta expresión no hay literatura, sino materiales para la literatura. Sin cierta índole de asuntos no hay literatura en pureza, sino literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio o ancilar. En el primer caso —drama, novela o poema— la expresión agota en sí misma su objeto. En el segundo —historia con aderezo retórico, ciencia en forma amena, filosofía en bombonera, sermón u homilía religiosa— la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y fin no literarios.

La distinción entre literatura en pureza y literatura «ancilar» es rotunda, pero para Fernández Retamar, y con él muchos otros, la «ancilaridad» a la que se refiere Alfonso Reyes es una constante de la literatura latinoamericana. Su olvido haría ininteligible para ellos una verdadera historia de la literatura latinoamericana.

En este momento, quiero recordar las palabras de dos personalidades latinoamericanas. Uno es el estudioso, de seriedad reconocida cuando se trata de la literatura que nos preocupa, Pedro Henríquez Ureña, y el otro es el escritor chileno y fundador, en 1842, de la Sociedad de Literatura de Chile. Nos alejamos por un momento de los estudiosos actuales para ver si en la historia de las ideas literarias de América Latina es aludida la «ancilaridad», aunque no le den ese nombre. Henríquez Ureña, en un artículo publicado en 1935 en «La Nación», de Buenos Aires, a propósito del libro *Enriquillo,* de Manuel de Jesús Galván, decía a manera de introducción:

> Antes de 1810, la existencia tranquila, estrecha, donde la política estaba suprimida, empujaba al criollo hacia la lectura y la escritura como refugios contra la modorra colonial. Se producía mucho a pesar de las pocas esperanzas de publicar: [...] Pero con la independencia el criollo se hace político. De 1810 a 1890, cada criollo distinguido es triple: hombre de Estado, hombre de profesión, hombre de letras. Y a esos hombres múltiples se les debe la mayor parte de nuestras cosas mejores. Después la política ha ido pasando a las manos de especialistas; nada hemos ganado; antes hemos perdido. Y hacia 1890 reaparecen los escritores puros; con ellos la literatura no ha perdido en calidades externas, pero sí en pulso vital.

No es muy difícil notar el juicio positivo que emite Henríquez Ureña en cuanto a la literatura producida hasta 1890, y su juicio sobre el pulso vital, no es otra cosa que la atribución de ese pulso vital a la clara «ancilaridad» de la literatura hasta esos años. El año 1890 seguramente lo fija pensando en el modernismo y dejando de lado toda una importante parte de la literatura que llena la novela de la tierra en los primeros treinta años de este siglo y cuya «ancilaridad» difícilmente se puede negar. Sin embar-

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

go, lo importante es la relación entre pulso vital y «ancilaridad». Y si ahora tomamos las palabras del chileno Lastarria, hombre de Estado, profesional y hombre de letras (la tríada de Henríquez Ureña) que escribió y pronunció como discurso en 1842 al inaugurarse la Sociedad de Literatura de Chile, veremos en un criollo de antes del 50 del siglo pasado que la «ancilaridad» distingue su especial visión de político y escritor:

> Se dice que la literatura es la expresión de la sociedad, porque en efecto es el resorte que revela de una manera, la más explícita, las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación.
>
> La literatura debe, pues, dirigirse a todo un pueblo, representarlo todo entero, así como los gobiernos deben ser el resumen de todas las necesidades, los representantes de todas las superioridades: con estas condiciones sólo puede ser una literatura verdaderamente *nacional.*

El establecer la «ancilaridad» como elemento casi constante y de especial significación en la literatura latinoamericana trae derivados una serie de problemas y el que ocupa un lugar importante es la unión de una teoría consecuente con ese concepto.

Hay una cantidad importante de críticos latinoamericanos que replantean la noción de literatura, conteniendo implícita la concepción de «ancilaridad». Pero a su vez ponen de relieve otros problemas. Hugo Achugar en su artículo «Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana», de la revista «Casa de las Américas», número 110, da cuenta de una cantidad apreciable de trabajos, de congresos y libros dedicados al tema; y por ello es interesante ver cómo plantea el problema «crítica literaria latinoamericana» y el concepto de literatura, porque contiene gran parte de las ideas de lo que podemos catalogar como vigente en la discusión sobre historia y crítica literaria en América Latina:

Achugar dice:

> ... tal como sugiere o está implícito en los textos de Mariátegui —o como plantean Alejandro Losada Guido y Nelson Osorio, para referirnos sólo a críticos latinoamericanos— no podemos hablar de literatura o de lo literario sino en términos de «institución social». Es decir, que cuando entramos a definir o a precisar la noción de *literatura* resulta difícil o estéril acudir a las obras concretas. Preguntarse si lo literario es un poema, una novela o sostener que existen novelas, poemas o tales y cuales obras concretas: *Quijote, Cien años de soledad...* y que eso es literatura, deja de lado el problema de la historicidad de la noción, así como también el hecho literario en sus aplicaciones totales más allá de los textos literarios, ya que la noción varía históricamente y no puede ser precisada al margen de la historia. Lo que ayer era considerado literario ya no lo es hoy, y viceversa. Pero quizá no alcance la referencia histórica y haya que pensar en la organización de la sociedad, en los grupos existentes, en su distribución e interacción [...] De hecho, estamos sugiriendo que la literatura, más que un ente, es un complejo de fenómenos sociales, por lo que conceptos como *littérarité* no solucionan ni contribuyen a la comprensión cabal del fenómeno literario.

Si se considera la literatura como una «institución social», ya podemos advertir que sobre la base de la «ancilaridad» el concepto tradicional de género es insuficiente y el corpus a estudiar está por fijarse. Y con ello fuera de todos los problemas implícitos, éstos son dos más que se agregan al historiador de la literatura latinoamericana. El mismo Achugar da como ejemplo de los diferentes criterios que existen de literatura cuando cuenta que la Biblia forma parte de un corpus literario en Uruguay y el mismo texto, en Venezuela, es texto sólo religioso. Por otra parte, sabemos también que Fernán-

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

dez Retamar plantea la necesidad de incorporar los textos de los discursos de Bolívar y el *Diario del Che en Bolivia* al corpus de la literatura latinoamericana.

La clásica tripartición general de épica, lírica y drama se tambalea un poco y sin duda que el corpus a estudiar sería variable como la institución social literatura lo es. Y el concepto de los formalistas de literaridad, por lo menos bajo este punto de vista, se hace insuficiente para la aplicación y confección de la historia de la literatura.

Un ejemplo, que no por citado muchas veces deja de ser bueno, ilustra el problema de género y corpus. Recordamos *Facundo,* de Sarmiento, imposible de encuadrar en los géneros tradicionales y que se le ha llamado novela, ensayo sociológico, escrito político, etc. Ningún argentino excluiría *Facundo* del corpus literario de su país y difícilmente lo haría un latinoamericano. Y no se olvide el rechazo académico inicial de Martín Fierro, sobre lo que diremos más adelante unas palabras. Si la posición de Achugar no la expresan algunos con la rotundidad que lo hace él, por lo menos observamos una cantidad de teóricos apreciable que está cerca de su posición.

Si la «ancilaridad» es constante en la literatura latinoamericana y a su vez la literatura se considera una «institución social», estos hechos llegan hasta el cuestionamiento del concepto género y del corpus tradicionalmente estudiado. Pero inmediatamente nace como necesidad absoluta el estudio y la comprensión de los procesos históricos del continente. Este punto está siempre considerado en la discusión. Aunque algunos trabajos monográficos omitan el problema, la discusión teórica prácticamente no lo desconoce, venga del lado ideológico que venga.

Así es bueno citar a Zulma Palermo, que de algún modo es criticada por el mismo Achugar, para observar que, desde posiciones un tanto distantes ideológicamente, pide el conocimiento de la realidad latinoamericana. Zulma Palermo dice:

> Nuestros escritores asumen la cultura universal, y ellos mismos, como parte de la estructura social que expresan en la obra literaria, son producto de esa cultura. Descubrir las significaciones de sus obras implica no perder la perspectiva en la que están inmersos y por la que están condicionados.
>
> Pero este universalismo necesariamente requiere una doble actitud por parte del crítico:
>
> 1. Reconocer que la adopción de una metodología de análisis implica una toma de posición frente a la historia de la cultura y del pensamiento, de su propio contexto, por lo cual ella deberá adecuarse —más que ello—, pensarse y reelaborarse desde una «situacionalidad» específica, aquella en la que se inserta el corpus literario que se someterá a análisis.
> 2. Operar de tal modo que el aparato crítico adoptado permita que el corpus literario trascienda su propio horizonte y se comunique al resto de los pueblos desde un análisis que permita dar a conocer las características y valores más auténticos del que es exponente. Esto significa, dicho de otro modo, que el crítico habrá de conformar un método, una técnica y una práctica del análisis textual desde la *comprensión de su propia cultura.*
>
> Esto lo dice en *Función y sentido de la crítica literaria latinoamericana,* en *Hacia una crítica literaria latinoamericana,* Buenos Aires, 1976, pág. 63.
>
> Subrayamos *la comprensión de su propia cultura.*

Desde la posición de uno y otro llegamos a lo repetidamente dicho en los trabajos de teoría, historia y crítica: la necesidad de conocer la realidad latinoamericana, de estudiarla profundamente para establecer las verdaderas significaciones de los textos del continente.

No quiero aburrir con citas, pero la fidelidad de interpretación puede flaquear en algunos momentos y es mejor hacer hablar a los que teorizan y que sus textos hablen por sí solos.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

Cuando Luis Íñigo, en el Simposio Internacional de Estudios Hispánicos realizado en Budapest, en 1976, leyó su ponencia «Introducción a una posible historia social de la novela hispanoamericana», dice en sus últimas líneas:

> En el caso de la novela hispanoamericana es preciso, en primer lugar, describir los campos de alternativas de selección y combinación posibles en cada momento determinado del desarrollo del género novelesco en una situación social determinada (estableciendo desde el «tipo» de novela predominante, hasta los usos retóricos reiterados, pasando por los modos de narrar recurrente, las zonas de realidad atraídas con mayor frecuencia, etc.) para después descifrar el *por qué* de esas características (comenzando por el *por qué* de la elección del género novelesco como forma de expresión literaria), lo que necesariamente nos remite al contexto social nuevamente.
>
> En esta segunda etapa del estudio, las cuestiones relacionadas con la novela como producto de consumo (esto es: características y condiciones del público lector, canales de difusión y aparatos editoriales, etc.) se integran naturalmente en el análisis.
>
> La labor descrita, como queda claro, no está, por cierto, al alcance de una sola persona. La confluencia de especialistas en diversas ciencias sociales...

En las palabras leídas vemos aparecer varios puntos que también los vemos reiterados en otros trabajos de la historia y crítica literaria de Latinoamérica. La conclusión más evidente es que la tarea de hacer una historia de la literatura de Hispanoamérica o de Latinoamérica no sólo exige un aparato crítico que tome en cuenta los puntos que hemos puesto de relieve, sino que es necesario un equipo de personas en un trabajo coordinado e interdisciplinario.

Pero no es sólo eso lo que advertimos en este trabajo y que es preocupación de quienes venimos estudiando. Vemos la inclusión del público lector, la difusión que condiciona la recepción, etc. Por este camino ha entrado a tener un papel importante la teoría de la comunicación donde juega relevante papel la *recepción y con ello el público que lee y a quien está dirigido el producto literario.*

Los tres momentos de la comunicación donde se consideran emisor, texto producido y receptor, han pasado a ser considerados como extraordinariamente significativos para la interpretación de la obra en Latinoamérica. El texto, por este camino, es insuficiente si se considera aisladamente. El emisor, en este caso el escritor, maneja un sistema de codificación de la realidad que muchas veces se encuentra mucho más allá de lo que un simple sociologismo busca en la denotación inmediata del texto o lo que un estructuralismo descubre. Así leemos en Luis Íñigo:

> ... la «información ideológica» opera por connotación y no por denotación, y en otro nivel, [...] el análisis de la ideología se establece no en el terreno de la sintaxis, ni en el de la semántica, sino en el de la pragmática. Las operaciones de *selección y combinación* dentro del repertorio de unidades o signos disponibles, determinan el nivel de significación ideológico.

El texto debe descodificarse a nivel de la ideología en que el emisor está inmerso, trascendiendo el puro campo de un sociologismo ingenuo. Pero más allá está el receptor, el público lector, cuya importancia no se había incluido todavía en los estudios de la literatura latinoamericana. Ese receptor tiene gran importancia cuando se hace la historia de la literatura latinoamericana,. No puede olvidarse al receptor si se trata de *Amalia* y de *Martín Fierro. Amalia* estaba destinada a la intelectualidad de los unitarios antirrosistas y *Martín Fierro* no tuvo recepción en el campo académico de su tiempo, pero en las pulperías de la pampa argentina se incluía el pedido de unos cuantos ejemplares de *Martín Fierro* junto con paquetes de velas y quilos de azúcar.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

Desde estas dos posiciones extremas —me refiero a la recepción de *Amalia* y *Martín Fierro*—, tenemos que entender la presencia de un receptor variable desde la colonia a la actualidad. Para los dos casos mencionados, ¿cómo se descodificaron estos dos textos? ¿Cuál fue en resumidas cuentas su importancia y su recepción y cómo debe ser nuestra actitud frente a estos textos?

Para cerrar el trabajo antes de establecer lo que para nosotros pueden ser las conclusiones posibles, quisiera presentar la manera en que cierra prácticamente su artículo Desiderio Navarro en *Semiótica y marxismo en la ciencia literaria: hacia la pragmática;* y con ello mostrar la unión de semiótica y marxismo en la crítica e historia de Latinoamérica.

> La problemática central de la pragmática literaria marxista es la variabilidad de los significados y funciones de las obras literarias, o, dicho de otro modo, el hecho de que se puede y se suele usar de diferentes maneras una misma obra literaria. [...] las obras literarias son leídas con ayuda de muchos códigos a la vez (genealógicos, estilísticos, ideológicos, etc.). En cada lectura se le concede a cada uno de esos códigos el *status* de código principal o dominante. Las diferentes lecturas resultan de diferentes elecciones y jerarquizaciones de códigos. La elección y jerarquización de códigos es condicionada por la situación comunicacional en que se produce la recepción. La situación comunicacional social es un sistema de condiciones socio-culturales, repetible y estadísticamente regular, en el que pueden entrar todos los factores culturales de una determinada formación socio-económica en la medida en que condicionen los cambios en los sistemas semióticos funcionantes en esa cultura y las elecciones y jerarquizaciones de códigos.

Ya estemos o no de acuerdo, se ha superado la etapa del sociologismo ingenuo y el análisis de las obras puede aprovechar los elementos de otras ciencias.

La teoría de la comunicación, la semiótica con la acentuación en la pragmática, la historia, la sociología, la política, la economía, las posibilidades que entrega la ciencia literaria aparecen en los postulados de la nueva crítica.

Y para terminar diría que las sugerencias metodológicas de Zulma Palermo están próximas a las líneas generales que exige la crítica e historia de la literatura actuales:

> ... nuestra propuesta significa llevar a cabo un trabajo crítico que revise [...] todos los contextos sobre los que se desenvuelve la obra literaria y el corpus total de nuestro continente:
>
> a) Contextos extraverbales nucleados en ideológicos y culturales con sus múltiples posibilidades.
>
> b) Contextos idiomáticos como medios por los cuales se organiza la cosmovisión y la ubicación en el mundo que se trata de mostrar a través del análisis de los contextos extraverbales.
>
> c) Contextos verbales que permiten el trazado de líneas de relaciones paradigmáticas y sintagmáticas de las obras dentro de un corpus coherente.

Conclusiones

1. La discusión teórica en América Latina adquiere especial significación en los últimos 15 a 20 años.
2. La «ancilaridad» es aceptada como un elemento definidor de la literatura latinoamericana.
3. La literatura se considera como una institución social y desde este punto se solicita estudiar la literatura de América Latina.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes

4. El concepto tradicional de género aparece como insuficiente para dar cabida a un corpus que se propone replantear para hacer la historia de la literatura que estudiamos.

5. La realidad latinoamericana necesita un serio y detenido estudio para establecer su línea histórica literaria.

6. Es tarea de un equipo, ojalá interdisciplinario, emprender el estudio de una historia de la literatura latinoamericana.

7. La historia de la literatura latinoamericana necesita considerar la comunicación con sus tres elementos fundamentales: emisor-texto-receptor.

8. Es necesario descodificar la ideología connotada por el emisor (escritor) a partir de la situación concreta del contexto histórico-cultural en que se encuentra.

9. Debe incluirse al público lector en el proceso interpretativo.

10. La pragmática pasa a jugar un papel importante en la interpretación y estudio del texto latinoamericano.

BOLETÍN AEPE Nº 34-35. Carlos FORESTI S.. Literatura hispanoamericana: Problemas planteado...
Centro Virtual Cervantes